

LA TEOLOGIA PECULIAR DEL CATÉQUISTA

Catequesis y Teología en la Historia.

Dios, que había hablado a los hombres de mil maneras a lo largo de los siglos del Antiguo Testamento, al cumplirse la hora venturosa de la realización de su plan de amor, nos dio su Palabra, Jesús.

Y con El, y con los Doce que El eligió, quedó cerrada la Revelación y encomendada al Magisterio de su Iglesia.

Desde ese momento, ha habido siempre en la Iglesia Catequesis y Teología. Catequesis, o transmisión sencilla de lo fundamental de la Revelación, necesaria a todos cuantos debían creer o ilustrar su fe. Teología, o estudio profundo y razonado del contenido maravilloso de la misma Revelación, cometido al que siempre unos pocos han dedicado su esfuerzo.

Una y otra, catequesis y teología, y más la segunda, reconocen, a lo largo de la historia, verdadera evolución progresiva, que bien se puede distribuir en diversas etapas.

En el primero de sus períodos: el patrístico, no siempre es fácil decir dónde termina la teología y dónde empieza la catequesis. Si, ya en la misma Biblia, nos asomamos al conocido incidente de Antioquía entre los príncipes de los Apóstoles, ¿nos hallamos ante una simple discusión de método catequístico o ante una lección de teología? Las razones que San Pablo recuerda y resume en Gál. II, 14-21, ¿son las que pronunció al enfrentarse con San Pedro, o son eso y, además, elaboración posterior y justificación teológica de su postura?

En los escritos de los Padres —y en sus sermones orales, seguramente también— hay un predominio continuo de lo catequístico, de la iniciación popular, homilética, kerigmática (como vuelven a decir ahora), a veces teología, aunque en este caso nos hallamos lejos

* Artículo leído al inaugurarse el año académico en el Instituto Pontificio San Pío X, de Tejares (Salamanca).

de lo sistemático, y prima siempre el carácter de comentario bíblico, muy diferente de la tesis escolástica, a la que se llegará después de siglos de constante progreso.

Hubo, no obstante, tentativas de verdadera síntesis. Baste recordar, entre muchos, dos nombres de grata evocación: Orígenes y la Escuela de Alejandría.

El período medieval, la época de la Europa con fe —aunque no totalmente desprendida de la barbarie—, difiere en gran medida del anterior en el aspecto que aquí nos interesa.

Supuesto, y con fundamento, que el dogma había quedado suficientemente establecido por los Padres, parecía llegada la hora de aportar las precisiones que los maestros del pensamiento cristiano, suscitados providencialmente por Dios, estaban en grado de introducir. Se fue labrando así la sistematización de la ciencia religiosa, cuya realización es un monumento que aún hoy nos vemos obligados a admirar¹. El estudio racional y sistemático quedó plasmado en monografías o en ingentes sumas, testigos permanentes de la teología especulativa que luego se llamó escolástica.

Al alcanzar la teología esta cumbre, la catequesis aparece con características notablemente diferentes. No podía ser menos. El catequista bebía en la teología y distribuía luego, ya la iniciación al niño, ya, más bien, la ilustración al adulto; en ninguno de tales casos era teología que se divulgaba, sino la familiar y cálida presentación de lo que se debe creer, orar, obrar y recibir.

Así en casa, porque los padres y padrinos son los primeros catequistas en esta época; así en la iglesia, pues la Liturgia es ahora la gran catequesis, aunque las lenguas romances van alejando el latín de la zona de la comprensión fácil; así las catedrales románicas o góticas, además de actos de fe, son exposiciones catequísticas siempre, pero nunca tesis de teología; así la vida pública toda, que es la gran catequesis de la Edad Media, que luego, es verdad, se demostró insuficiente, pero que era insustituible, y que ojalá supiéramos reimplantar hoy.

Entramos así en la época moderna de la teología y de la cateque-

¹ Entre los muchos testimonios garantes de la oficialidad que en la Iglesia posee la teología escolástica parece conveniente citar el siguiente: «La Iglesia no sólo permitió durante tantos siglos continuos que se cultivara la ciencia teológica según el método de los mismos doctores y según los principios sancionados por el común sentir de todas las escuelas católicas, sino que exaltó también muy frecuentemente con sumas alabanzas su doctrina teológica y vehementemente la recomendó como fortísimo baluarte de la fe» (Denz., 1680).

sis, que se abre con Trento. ¡Y cómo ha resbalado el tiempo desde los días del «pueblo teólogo» (hipérbole gráfica con que denominarán al español espectador del auto sacramental) hasta la jornada en que vivimos, en la que debemos hablar, en no pocos lugares europeos, del «catecumenado ateo», refiriéndonos a quienes, sin embargo, fueron bautizados al nacer!

Por lo que a teología se refiere, esta tercera época, que espontáneamente hubiera evolucionado, de acuerdo con el momento histórico, hacia profundos estudios de especulación irénica, que nos habría dado hace tres siglos, espléndidos estudios bíblicos y habría desempolvado la riqueza, casi inexplorada, de la liturgia, quedó, en su espléndido alborear, como forzado, constreñido, por el ataque protestante, a adoptar postura apologética: nació la teología fundamental con Melchor Cano; quedó frenado el renacer bíblico de Arias Montano y Maldonado, y la liturgia no llegó a ser considerada como testimonio de cómo la Iglesia vive hoy su fe, bajo el velo de lo sensible, y cómo la ha vivido siempre en ese encuentro de culto y santificación.

Pero la teología cumplió con su deber y empleó la estrategia que debía desarrollar. Hoy está a tiempo para reemprender en paz, en la paz conquistada a punta de espada, el camino que hubiera querido seguir antes.

En el mismo período, la catequesis ha sufrido una interesante evolución. Si Trento creó los seminarios, también estimuló las escuelas; y la catequesis adoptó felizmente el carácter de catequesis escolar.

Felizmente, insistimos, porque, debidamente administrado, este fenómeno hubiera tenido sólo ventajosas consecuencias. La escuela —a la que no puede llamarse lugar profano para la catequesis, como alguien ha hecho— es el único lugar en el que la lección de catecismo puede pasar a ser vida; en la escuela, el alumno puede aprender a vivir cristianamente, como lo hacía en el seno de su familia en los siglos VIII a XIV; y este éxito difícilmente puede pretenderlo una catequesis parroquial o dominical, sin más.

Hemos de lamentar, sin embargo, el que esta posible ventaja haya quedado bastante deslucida por no haber sabido aprovecharla. Y, peor aún —la queja es demasiado general para que acudamos a autoridades concretas—, la catequesis, en los dos últimos siglos, ha sido excesivamente intelectualista, e incluso, demasiadas veces, no ha pasado de ser divulgación de la teología.

¿La Teología al servicio de la Catequesis?

Y así estamos, en nuestro momento histórico, enfrentados con un fenómeno (el de la catequesis insuficiente) y a la búsqueda de una solución equilibrada.

El movimiento kerigmático de Innsbruck tiene en su haber las mejores bazas en esta campaña. Pero será útil que nos detengamos a examinar una argumentación extremada, que dice fundarse en el citado movimiento.

Se podría resumir así:

La catequesis, hasta ahora, parece haber sido inadaptada a nuestros tiempos, y es, por lo tanto, ineficaz. Ello es debido a que ha estado, como la rémora, pegada al costado de la teología científica; por lo tanto, debemos reformar la teología, hacerla kerigmática, y ponerla plenamente al servicio de la catequesis.

A la primera premisa parece oportuno responder con el discreto «transeat». En realidad, es demasiado absoluta; pero como quiera que siempre tendrá su parte de verdad, podemos aceptarla en eso que de verdad posee.

Pero, ¿es cierto que ese fracaso parcial se debe a que ha seguido con excesiva fidelidad a la teología? ¿Porque se ha convertido en una teología divulgada? Antes ya hemos aceptado en parte el hecho, pero no creemos que ello sea realmente causa «principal» del fracaso de la catequesis.

No podemos ignorar el ambiente público, la atmósfera que cada época ha obligado a nuestras juventudes a respirar. De Trento a esta parte, hemos sufrido el racionalismo del siglo XVIII, el materialismo del XIX y la descristianización oficial de la vida pública en nuestro siglo, en el que no dejan de influir los miasmas de las centurias ya transcurridas. Ciertamente que una catequesis más acertada hubiera sido más eficaz; pero, ¿puede lograr contrarrestar masivamente ese influjo deletéreo en un ambiente de tan profundos cambios sociales como los acaecidos en los últimos doscientos años?

Es fácil ilusionarse; es fácil confundir minorías y masa; es tentador creer que las minorías, por serlo, siempre sirven de fermento para la masa. Y ha sido fácil, pero real, culpar a la catequesis de ineficaz sólo porque sigue demasiado fielmente a la teología.

Pero el hecho lo aceptamos. En él descansa una parte de la responsabilidad del —podríamos decir— fracaso de la catequesis.

Matizada así la segunda premisa, ¿es lícita la conclusión?

Parece que no. Si el error ha estado parcialmente en que la catequesis ha seguido ciega y cómodamente a la teología, el remedio no está en reformar la teología, sino en que la catequesis se desprenda de ella lo suficiente para tener vida propia², como la tuvo en la Edad Media, pero tratando de alcanzar la altura que nuestros tiempos exigen.

Esta conclusión no parece convencer a los mantenedores de la precedente. Insisten en que la presentación de la teología científica en Facultades y seminarios debe ser reformada hasta convertirse en «una especie de catequesis, pero profundizada, ampliada, sistematizada en ciencia».

¿Debe la teología servir a la catequesis? Aunque muchos pudieran esperar una respuesta monosilábica, creemos que la pregunta exige no pocos distingos. No es lo mismo servir remota, que próxima, que inmediatamente; ni es exactamente lo mismo teología para el teólogo que teología para el catequista —lo diremos más tarde—.

Aclarando nociones

Bueno será, antes de seguir adelante, puntualizar —aquí, de acuerdo con la generalidad de los autores— las diferencias entre teología y catequesis.

Es Teología la ciencia de la Revelación, y, como ciencia, busca el conocimiento por las causas. Ella buceará en la inteligibilidad de los misterios, la coherencia con la razón, el cómo y el porqué. En su interés por el aspecto entitativo del Dato revelado, utilizará la investigación, el razonamiento y la discusión. Es propia del hombre de ciencia.

La catequesis, muy diversamente, inquiera en el aspecto saludable de la misma Revelación, su significado, su valor para la vida. Busca el conocimiento sencillo, y se expone con autoridad, sin discusión, por el Magisterio o sus delegados.

El objetivo de la teología queda alcanzado en el terreno de la inteligencia, del conocer. No así el de la catequética. En ella, además de dar a conocer la Revelación, y precisamente fundándose en ello, se tiende a excitar la fe de quien escucha, mover su voluntad a orar, a re-

² Cfr. JUNGSMANN, *Catequética*, pág. 335, donde separa claramente la teología —renovada desde luego— y la kerigmática, que abarcaría la catequética y la homilética.

cibir los sacramentos, a practicar amorosamente los preceptos de Dios³.

Olvidar estas distinciones es suprimir toda posibilidad de inteligencia.

No vendrá mal aligerar lo abstracto de estos párrafos con un fragmento que entona con algunos escritos de los kerigmáticos, que puede agradar a jóvenes catequistas, pero también pudiera ser mal entendido.

Dice el P. CHARLES en *La prière de toutes les choses*⁴:

«Se da siempre un peligro latente, que acecha al creyente cuando éste se pone a reflexionar, y es el considerar el misterio como un problema, y el objeto de la fe, como simple doctrina. Pues el objeto de la fe es más que doctrina: es realidad; y el misterio es más que problema: es encantamiento. La doctrina sólo exige el ser bien comprendida; el problema no precisa más que la solución: una vez encontrada, todo se acabó, y ya podemos pasar a otro ejercicio. Pero la realidad, las cosas, nunca han dicho su última palabra; y un misterio es estrictamente inagotable: manantial de perpetua inspiración.

Y para que el misterio no degenera en simple problema, para que Dios sea más que una esfinge que propone enigmas, es necesario que

³ ¿Es lo mismo catequesis que catequesis escolar? Llamamos catequesis escolar a la exposición de religión a los alumnos de escuelas primarias o secundarias.

Pues bien, si examinamos cualquiera de las variadas definiciones de catequesis que dan los autores, ya sea apoyados en la etimología, ya en el uso antiguo, ya en el moderno, ninguna —que sepamos— abarca la noción de catequesis escolar a la que acabamos de aludir (aunque, a veces, la quiera suponer).

Pero entonces brota la pregunta: la lección de religión a adolescentes y Jóvenes en nuestras escuelas y colegios, ¿es catequesis, sí o no?, ¿es la «iniciación básica de la totalidad de la doctrina cristiana»? (JUNGMANN, *Catequética*, pág. 11). ¿Es predicación?, ¿es «valoración de puntos aislados de doctrina para, fundándose en ellos, mantener y fomentar la vida cristiana»? (Id., *Ibid.*). ¿Es teología? Y si a esta tercera pregunta también se responde negativamente, ¿qué es esa lección de religión?

Porque no parece sino que hay que encuadrarle en teología o en catequesis, si nos detenemos a considerar su objetivo.

Por este motivo, y para aclarar nociones algo confusas todavía hoy, nos hemos permitido en otro lugar aventurar estas nociones:

Catequesis es la propagación de la doctrina cristiana mediante su exposición sencilla (aquí se abarca tanto la iniciación a la fe como su mantenimiento e ilustración).

Predicación es la exhortación a la práctica de la virtud y a vivir en gracia, apoyada en puntos de doctrina que circunstancialmente se presentan.

La catequesis escolar, lección de religión en las escuelas o colegios, debe combinar ambos elementos, y aun la teología, según las edades a que se dirija. Al niño, más predicación que catequesis; al adolescente, más catequesis que predicación (JUNGMANN, *ibid.*, pág. 360); al joven, catequesis matizada más y más de teología, sin dejar nunca la discreta predicación. (Véase, in extenso, el tema en Jornadas Catequísticas Nacionales, 1958 —Irún—: H. SATURNINO MIGUEL, *El Misal, instrumento privilegiado de la catequesis*, páginas 81 a 83.)

⁴ I, XIV, «Super mensam meam».

la inmensidad de la Revelación no sea jamás enteramente prisionera de nuestras pobres fórmulas: *Quia major omni laude.*

Hoy he encontrado en tu evangelio una frase asombrosa, Señor, en la cual nos describes el cielo que todos esperamos y que nuestro pensamiento intenta comprender por anticipado. Nos han repetido tantas veces el viejo axioma, algo cojo por cierto: *Ignoti nulla cupido* (nadie desea lo que no conoce), que hemos deducido con la mayor naturalidad esta conclusión bella: cuanto más se conoce, más se desea; y nos hemos esforzado por penetrar el misterio del cielo, para estimular más y más nuestro deseo de llegar a él. Y sobre ello, hemos construido hermosas teorías. Hemos explicado y probado que la felicidad del cielo es la visión beatífica, acompañada por el *lumen gloriae*: que esta visión tiene por objeto tu misma esencia divina, sin *medium quod ni medium in quo*, aunque sobre el segundo punto, algunos teólogos han formulado sutiles reversas. Hasta se ha añadido que en tu esencia podremos contemplar los «posibles», que en ella encuentran su razón ontológica, y que tal espectáculo tendría de qué extasiarnos durante toda la eternidad.

Son teorías bien construídas y, en el fondo, muy exactas. Pero, ¿por qué me dejan tan frío? Me costará mucho corregirme de un defecto por el simple motivo de que el esfuerzo por desarraigarlo me va a permitir contemplar mayor cantidad de posibles durante toda la eternidad. Me parece que les falta algo a esas demostraciones. Acaso sólo son correctas: algo así como la respuesta exacta del observatorio que anuncia la salida del sol para las cinco y cincuenta y siete minutos. Es muy cierto lo que dice el observatorio; pero una aurora es infinitamente más que una fórmula astronómica.

Y, precisamente pensando en estas cosillas tan elementales, he encontrado en el evangelio tu asombrosa frase. Tú nos has dicho que el cielo es una gran mesa, en la que todos estaremos sentados contigo, bebiendo como amigos. Señor, eso sí que es poesía, lo que no quiere decir fantasía. Es una fórmula que no contradice las sabias conclusiones de nuestra teología, pero que las desborda por todos los costados. Esa reunión en tu mesa eterna, en la que todos somos tus invitados, y que es el término definitivo... Tienen pleno derecho los espíritus que se creen fuertes para declarar que se trata de imaginaciones muy populares, y que una mesa con invitados alrededor no es conforme a las exigencias del pensamiento filosófico... El Espíritu Santo, que en el día de mi bautismo ha sembrado la fe en mi corazón sin que yo me percate de ello, me permite hoy encantarme con la música de tu Revelación y dejarme arrastrar por el esplendor inmenso de tu misterio. Pues tus palabras eran verdaderamente revelación cuando dijiste que el gozo del cielo sería como la de una mesa familiar. A mí me toca ordenar mi pensar de acuerdo con esas palabras, en lugar de reducirlas a la indigencia de mis abstracciones.»

Obsérvese que el P. Charles ha dicho y repetido que las teorías teológicas son muy exactas, bien construídas, correctas, sabias en sus

conclusiones. Lo único que le falta decir es que esa bella frase revelada «necesita de la teología ciencia»; necesita de ella, no para que el simple fiel acabe por saber qué es el *lumen gloriae* o el *medium in quo*, sino para que eso tan poético adquiriera sentido concreto, claro, realmente inteligible, coherente con la razón; necesita de ella para que el catequista que debe hablar del cielo sepa él muy a fondo lo que en sencillas palabras ha de comentar al catequizando sin salirse precisamente de la frase de Jesús: «Donec bibam illum in mensa Patris mei.»

Este concepto del cielo es muy catequístico: es contemplación irénica, es homilía, es poesía, es «stimulus cordis», que tiene en su favor el ser Palabra revelada, no invención del predicador.

Pero la razón pide más: el alma cultivada quiere saber más (no se vive sólo de poesía); el cielo es algo más *real*: si se va con esa ansia, las fórmulas ya no resultan frías ni abstractas ni sólo correctas, sino luz cálida, ante la que siempre se emociona el alma dispuesta.

Pero, eso sí, la frase del P. Charles es aquí de oro: «La Revelación no es sólo una doctrina que hay que comprender: es infinitamente mucho más.» Por eso, ni hablar al niño con lenguaje teológico, ni quedarnos con solas fórmulas, ni descuidar la Teología más científica.

Catequesis y teología son diferentes, deben serlo. Si hubo error en poner la catequesis a remolque de la teología, hemos de evitar la postura opuesta, igualmente equivocada, de poner la teología a remolque de la catequesis.

*La teología debe estar al servicio de la catequesis, siempre remotamente, por ser ciencia eclesiástica y participar del fin último de la Iglesia lo mismo que la catequesis; pero no siempre de modo inmediato, ya que tiene fin próximo diferente del de la catequesis*⁵.

⁵ En la encíclica *Humani Generis* hay una condena de ciertas pretensiones de reformar la teología que —si más directamente quieren condenar el relativismo dogmático— pueden ser leídas aquí con provecho para evitar desagradables excesos en la expresión del deseo de reforma:

«A la manera que hubo antaño quienes preguntaban si la apologética tradicional de la Iglesia no constituiría más bien un obstáculo que una ayuda para ganar las almas para Cristo, así no faltan hoy tampoco quienes se atreven a plantear en serio la cuestión de si la teología y sus métodos, tal como con aprobación de la autoridad de la Iglesia se dan en las escuelas, no sólo hayan de perfeccionarse, sino ser en todo reformados a fin de que el reino de Cristo se propague con más eficacia por todos los lugares de la tierra, entre los hombres de cualquier cultura y de cualesquiera ideas religiosas...»

Por lo que a teología se refiere, es intento de algunos atenuar lo más posible la significación de los dogmas y librar al dogma mismo de la terminología de tiempo atrás recibida por la Iglesia, así como de las nociones filosóficas vi-

Rejuvenecimiento de la teología.

No queremos decir que la teología ciencia debe seguir impertérrita su camino. Creemos más bien que tiene mucho que ganar si evoluciona, sin reformas, pero adoptando de las nuevas corrientes mejor sistematización de todo el conjunto revelado, estudiándolo como «historia de amor», transformada después en «historia de redención»; si amplía el uso de la Biblia y Liturgia como algo más que un simple «locus theologicus»; si profundiza más ciertos caracteres íntimos de la fe, y no sólo los jurídicos, como acertadamente se dijo aquí mismo hace unos meses; si temas trascendentales, como los de la santidad, amor y fidelidad de Dios, el reino de Dios y el misterio de la iniquidad, el pueblo de Dios, etc., ocupan lugar más preferente que el que, hoy por hoy, se les otorga, etc.

Pero la teología, aun con ese enriquecimiento, debe seguir siendo ciencia; y por ello, fría, investigadora, sin descuidar el mínimo corolario, anillo secreto, a veces, de la síntesis total.

Catequética con personalidad propia.

Sabemos que lo hasta aquí escrito, tanto el planteo como nuestras conclusiones, no son novedad alguna; incluso coincidimos con la mayoría de los autores que de ello han hablado.

Pero hemos querido deslindar netamente los terrenos, pues la claridad en los términos descabeza muchas discusiones; y, mejor aún, para, sobre esta base, entrar con pie firme en la segunda parte, lo que, entre otras ventajas, nos permitirá ser breves.

Ante esa teología rejuvenecida —no reformada—, pero, a la vez, ante el hecho de la catequesis, que debe poseer vida propia —y a la cual los religiosos laicales han de consagrar su vida entera—, surge esta pregunta:

El que se dedica a ser catequista, ¿debe estudiar la misma teología que quien se destina a investigador de teología? La teología para

gentes entre los doctores católicos, para volver en la exposición de la doctrina católica al modo de hablar de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres. Ellos abrigan la esperanza de que, despojado el dogma de los elementos que dicen ser extraños a la divina revelación, podrá fructuosamente compararse con las ideas dogmáticas de los que están separados de la unidad de la Iglesia y que por este camino vengán paulatinamente a equilibrarse el dogma católico y las opiniones de los disidentes...

Es evidente que tales conatos no sólo conducen al llamado «relativismo» dogmático, sino que ya en sí mismos lo contienen.» (Denz., 2308, 2309, 2311.)

el teólogo, ¿ha de ser igual que la teología para el catequista, para el pastor en general? ¿O existe una teología peculiar para el catequista?

No hay dos teologías, lo hemos dicho ya. Pero sí puede estudiarse la teología con diversidad de mentes o, más claramente, con la atención puesta en diferentes objetivos.

El simple catequista busca una teología que le sirva más directamente a su función pastoral: él mismo realizará cierta como selección de preferencia entre los temas que debe estudiar; él buscará los matices que le ofrecen mayor interés catequístico, y aunque nada omita por conocer de cuanto la teología va descubriendo, no todas las tesis pasarán a sus ficheros; él buscará la terminología más exacta que, de acuerdo con la escolástica, acerque más las realidades a la mente y edad de sus catequizandos.

Pero el catequista es quien realiza esta adaptación. No es la teología quien se somete a servir al catequista. Si es cierto que la dogmática debe dar el material al catequista, no es verdad que el teólogo debe preguntar al catequista si su trabajo le es útil...: esto es volver a rendirnos ante el criterio antievangélico de la utilidad inmediata como único objetivo o fin, además de desorbitar a la teología de su puesto. Dijimos que la teología siempre sirve al catequista, pero remotamente. Y ha de seguir su vía sin querer reducirse a auxiliar del catequista: su fin es otro.

Hace ya cinco años que se lamentaba Hitz⁶ de la división en vivo o, mejor, de la falta de síntesis viva entre la teología, la liturgia, la pastoral y la vida cristiana personal de algunos apóstoles del clero: su teología casi se reduce a nociones abstractas y precisiones dogmáticas; sin la menor referencia a su visión teológica, celebran la liturgia; como pastores, todo se reduce a recetas sacadas de la tradición y de la experiencia de sus antecesores; y, en fin, en la vida íntima personal, se mueven por pocos principios y prácticas ascéticas, de las que son deudores a ciertos retiros anuales.

Si, con leves variantes, algo así puede, a veces, decirse de religiosos educadores, hay que convenir en que la falta de origen está en no haber sabido sintetizar ellos mismos lo que han recibido por distintos canales, como hacen las plantas con cuanto les llega por hojas y raíces. La teología científica que les llegaba, con la infusión clorofílica de la pastoral, y su empeño personal en unificar la espiritualidad hubieran logrado asimilar todo y dar el ejemplo de su vida y la

⁶ Hirtz, *Théologie et Catéchèse* («Nouv. Rev. Théol.», 77, 1955), pág. 900.

doctrina de su catequesis en concordancia más convincente para los que la oyen y mucho más enriquecedora para ellos mismos.

Pero es más fácil, más cómodo, repetir tal y como se recibe, culpando luego a la teología de no haberse fundido en papilla única con los diversos elementos que actuaron en su formación; en realidad, los que hablan de tal modo se reconocen «quasi modo geniti infantes», incapaces de asimilar con propio esfuerzo el pan de los adultos.

Teología para el catequista.

No carecen, sin embargo, totalmente de razón.

Y suelen quejarse los seminaristas de que la teología que oyen exponer no dice la menor relación con su futura vida pastoral.

En otros términos, su *desideratum* podría concretarse así: Como hay centros —las Facultades de Teología— que preparan al investigador teólogo, deberían existir otros que mirasen, ante todo, al futuro catequista, al futuro pastor, y en los que la exposición de la teología *facilitara*, al menos, la síntesis, dejándola más al alcance de la mano.

Esa sugerencia está plenamente fundada, y centros como el que ahora y aquí abre su VI curso, bajo el patrocinio de San Pío X, persiguen esa finalidad.

Cuando la vocación de los alumnos no es la de teólogo, sino la de catequista —aunque se trate del especialista en el ramo y del formador de catequistas ideales—, la exposición sistemática de teología debe procurar dar la visión total en forma de historia divina de la salvación, con Jesús y la Iglesia como centro de todo ello; cualquiera de los temas que separadamente se estudian deberían quedar situados en amplio marco bíblico y litúrgico; y la tantas veces necesaria *selección* de temas *secundarios*, así como el subrayado de otros, será regulada por principios que podríamos llamar catequísticos, en cuanto que han de servir al catequista. Hasta cierto predominio del carácter irénico y contemplativo sobre el apologético pueden dar más exacta la síntesis que el catequista necesita.

De ese modo se puede ofrecer al futuro catequista toda la riqueza de la teología desde nuevos puntos de vista: más religiosa, más comprometida en el vivir, y así, más cercana a su utilización, ya sea en la vida personal ascética del mismo, ya en su actividad apostólica ante juventudes de cualquier edad.

Esto que pedimos, esta teología, científica como la que más, que

no es catequesis, pero que tampoco es la orientada a formar teólogos, sino que tiene en cuenta a quién va dirigida, es la que parece pedir la Constitución Apostólica «Sedes Sapientiæ» cuando dice en sus Estatutos: «Theologia sacra ita doceatur ut alumni doctrinam catholicam ex divinae revelationis fontibus abunde hauriant et perfecte noscant; sanam doctrinam in catechesibus, in sacris contionibus, in scriptis, in scholis et aliis ministeriis, apud quoscumque, sive rudiores sive cultiores nostrae aetatis homines, apte exponere, demonstrare atque tueri valeant»⁷.

Es claro que la teología que ahí se recomienda es la teología ciencia; pero ese «apte exponere apud rudiores» o ese empleo «in catechesibus, in scholis, etc.», que parece ser uno de los fines con que se estudia la teología, deben matizar el estudio, y tal objetivo quedará acertadamente favorecido si la teología se expone con un criterio como el que venimos defendiendo⁸.

Categoría superior.

Hemos hablado del catequista como contrapuesto a teólogo, y hemos diversificado algo la teología que uno y otro han de estudiar.

El nombre de catequista podría ampliarse al de «pastor» y agrupar bajo tal denominación a los párrocos, coadjutores, confesores, predicadores, misioneros y catequistas. Insistimos en que se necesita el verdadero teólogo; pero tampoco debemos creer —la experiencia lo niega a diario— que todos, que muchos de los que estudian teología hoy, deben ser o serán de hecho teólogos investigadores o apologetas.

Es mayor, casi totalitario, el número de los que van a pasar su vida en el pastoreo de la grey de Cristo de muy variadas maneras, y son más bien minoría los que se dedicarán a la investigación o al profesorado de la teología. Por lo que toca a los religiosos laicales educadores, su vocación queda plenamente realizada en el primero de tales cometidos.

Mal nos entendería quien creyera que la teología para el catequista no pasa de nivel primario o secundario, que es pálido sucedáneo de la alta y gloriosa ciencia teológica, y que, por lo tanto, tales estudios no pueden aspirar a la categoría de Facultad superior.

⁷ Estatutos anejos a la Const. Apost., art. 45, 2.

⁸ Acaso es el mismo criterio el que debería interpretar la prescripción del canon 1365, 3, del Código canónico vigente.

La selección de temas no significa que se supriman unos y se atienda a sólo los principales, sino que la intensidad, el acento, se desplaza de diferente manera sobre unos y otros, según el criterio catequístico. Con ello, obtendríamos dos Facultades diferentes de ciencias sagradas, una y otra de verdadera altura académica.

No obsta el que la finalidad de la que defendemos sea más práctica que especulativa. En las mismas ciencias humanas, frente a las Facultades de Historia, de Filosofía o de Ciencias exactas, más investigadoras que utilitarias, las hay de Medicina, de Ingeniería o de Biología, que, sin dejar la investigación, tienden preferentemente a la práctica, y este carácter no rebaja el nivel de su categoría universitaria.

Es más, creemos que el establecimiento de tales Facultades Superiores, en las que la teología tuviese esa orientación más pastoral, serían el modo de realzar la función apostólica tan propia al «apóstol» de la Iglesia y, mejor aún, serían la causa eficiente de auténtica renovación en el campo de la pastoral.

Por eso, opinamos que sí, por una parte, todos los seminarios clericales deberían cultivar la teología con esa orientación a la que nos hemos venido refiriendo y las Facultades de Teología podrían dedicarse exclusivamente a formar al investigador de teología⁹, por otra, un determinado seminario, que tuviere el profesorado requerido, por lo que a prepreparación, grados y renombre se refiere, que poseyera abundante biblioteca y organizara su plan de estudios y prácticas con la debida seriedad, podría y debería ser un día Facultad, no de Teología pura, pero sí de esa teología para el pastor o catequista.

La solución que, no obstante esto, estimamos preferible para el nuevo tipo de Facultades es la que coordina todo el estudio en función de la catequética —o, más generalmente, la pastoral— y a ella miran todas las secciones de la Teología sistemática, así como las ciencias humanas, cuyo conocimiento condiciona próximamente la actuación del pastor (sicología, pedagogía, etc.).

Esto es lo que los Hermanos de las Escuelas Cristianas han plasmado en el Instituto «San Pío X», que ha merecido de la Santa Sede el honor de ser elevado a Pontificio con la especificación de «Catequética y Ciencias Sagradas», y cuyo fin es «realzar la vocación del educador catequista en la Iglesia. Para lo cual, impulsa el estudio de

⁹ Ello supondría modificar la relación hoy existente entre el seminario y la Facultad; pero nada perdería con ello ni la ciencia teológica ni menos aún la pastoral.

las ciencias sagradas en función de la catequesis, y también las ciencias humanas que le son auxiliares insustituibles; y, mediante el conocimiento de las fuentes, la práctica de la investigación y el trabajo científico, tiende a preparar a los alumnos, en especial a los religiosos laicales, para ser formadores de catequistas ideales» (art. 3.º de los Estatutos).

Casos concretos.

Hay, pues, una manera de estudiar y presentar la teología que construye la teología peculiar para el catequista.

Podríamos dar el tema por concluido. Pero es fácil que se eche de menos algo de concreción y claridad. Lo sospechamos porque en este terreno la terminología, que antes estaba clara, va difuminándose desagradablemente, sobre todo en las traducciones al francés, con la consiguiente inesperada consecuencia de prolongar debates en los que, a veces, sólo la terminología es la que habría que discutir.

Vamos a dar unos ejemplos —sólo tres—, entre muchos que se podrían escoger, de cómo debería ser la teología para el catequista, de modo que resalte su diferencia de la teología para el teólogo.

El tema de la unión hipostática, por ser tan fundamental en la Revelación, debe ser estudiado por ambos, pero acaso más largamente por el catequista que por el teólogo. Este dedicará su máximo esfuerzo a verlo expresado en la tradición y en la Escritura Sagrada, y especulará luego sobre las nociones de naturaleza, persona, unión, para intentar dar una explicación coherente en la medida de lo posible.

Pues bien, todo ello es necesario para el catequista, si se exceptúa algún corolario (nadie crea intrascendente el tema del motivo de la Encarnación), o bien la nube de autoridades que se pueden aducir para cada intento de explicación. En el catecismo, no obstante, no se van a explicar a los adolescentes esas nociones abstractas, ni se va a cometer el error pedagógico de exhibir cinco modos de explicación del misterio; pero tampoco se puede hablar con seguridad, con precisión, *con verdad*, sino en la medida en que el catequista *domine* ese difícil y profundo terreno de la especulación teológica.

Pero viene la segunda parte, en la que el catequista debe parar mientes más largo tiempo que el teólogo. ¿Qué significa para ese adolescente el hecho de que Dios se haya encarnado? ¿Qué supone de

amor, de fidelidad a sus promesas, de exigencia justísima, etc., por parte de Dios? Largos y numerosos interrogantes como éstos han de iluminar la mente y caldear el corazón del joven cristiano; y, para ello, el catequista no puede ser remiso en ahondar en ellos.

Bien es verdad que, más que tiempo de lección, aquí se precisa meditación personal, aproximación religiosa al misterio mismo por la pureza del alma. Y es que el catequista —lo decimos de pasada— debe ser, más aún que el teólogo, hombre de oración, hombre de Dios.

Brevemente, unas observaciones sobre otro caso: la Iglesia.

La teología de la Iglesia estudiada por el catequista ha de presentar a ésta como sociedad, sí; pero más aún como comunidad de caridad, cuyo fin es la salvación de las almas. Los problemas de la jerarquía y el primado, además de su carácter apologetico insustituible, le permitirán presentar una institución enteramente al servicio de la vida de caridad.

En la doctrina del Cuerpo Místico, estudiará lo que cada elemento vivo realiza para conseguir el fin de la totalidad: la función de la Jerarquía, la del religioso contemplativo, la del religioso activo, la del seglar apóstol. Destacará la complementariedad de todos, la insuficiencia del individuo aislado para realizar la Iglesia total, de donde derive, en clero y fieles, el sentido de interdependencia y humildad, y a cuya luz, cada cual entenderá mejor su vocación personal, dispuesta por Dios¹⁰.

Y, en fin, señalemos breves ideas de interés catequístico en las que la teología no ha solido insistir; hoy debe hacerlo, y el catequista se detendrá largamente sobre ello, pues recientes desviaciones tienden a obnubilarlas.

Ante todo, el verdadero sentido del misterio religioso, que no es uno más de los misterios que ofrece la naturaleza; la noción exacta de Dios: no el Dios que responde matemáticamente con favores a nuestras oraciones y fidelidad; el Dios Padre, pero sin paternalismos; el Dios Creador que sin cesar nos sostiene en el ser; la realidad punzante del poder de las tinieblas, contra el que a diario debe dirigirse nuestra lucha; el concepto cristiano de materia, igualmente alejado del optimismo ingenuo como del moralismo negativo, equilibrio que dará luz a la verdadera doctrina sobre la salud, el deporte, la belleza... Y, en fin, la visión cristiana de la Historia, que aparecerá

¹⁰ AUDINET: «*Pour une Catéchèse de la vie religieuse*, C. E. R. Lille.

a los ojos del estudioso como dirigida por Dios, y en la que cada cual debe desarrollar un papel lleno de sentido trascendente¹¹.

Epílogo.

Resumiendo: si la catequesis entre nosotros debe ilustrar la mente del niño y joven cristiano y ha de arrastrar su corazón hacia la persona de Jesús, el catequista precisa sólida y amplia formación teológica (hemos omitido considerar su necesidad de conocimientos pedagógicos, psicológicos, metodológicos, pastorales...).

Para los mejores, para los especialistas y formadores de catequistas, esta teología debe ser la teología ciencia, en toda su amplitud y carácter científico. Pero en tanto que catequista —que no se va a dedicar a la especialización del teólogo—, esa teología que estudia debe estar matizada con ciertos colores; y así considerada, la hacen peculiar y hasta privativa del catequista.

Para que tales estudiantes logren la debida asimilación con mayor facilidad y para que consigan orientar ya su teología hacia lo que luego será su catequesis, debe existir en los profesores la preocupación por aportarles este servicio.

Incluso deberían crearse centros superiores especializados con esa finalidad —entre los que ya figura el Instituto Pontificio «San Pío X», consagrado a la exaltación apostólica de la vocación del catequista escolar, y más aún del religioso laical educador—, con la seguridad de que si alcanza su fin, se seguirían no pequeños beneficios para la causa del Reino de Dios.

Saturnino GALLEGO, F.S.C.

¹¹ V. AYL, *Catéchistes*, 1956, p. 251-256.